

# EL SANTUARIO DE CANCHO ROANO

SEBASTIÁN CELESTINO PÉREZ  
*Universidad Autónoma de Madrid*

## 1. BREVE HISTORIA DE UNA GRAN OBSESIÓN

La relación del profesor Maluquer de Motes con Extremadura se remonta a los años sesenta, cuando como catedrático de la Universidad de Salamanca y guiado por su buen amigo Saéz de Buroaga, entonces director del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, visitó buena parte de los yacimientos conocidos en ese momento, interesándose principalmente por la rica cultura dolménica extremeña que tan bien conocía. Fue precisamente su amistad con Saéz de Buroaga lo que le permitió una feliz estancia en Mérida durante las campañas de excavación, reconociendo su gran amistad al dedicarle la primera publicación de Cancho Roano.

Pero su estrecha relación con Extremadura se forjó en 1975, cuando el Ministerio de Cultura le encargó, a través de la Subdirección General de Arqueología, la exposición "Prehistoria y Protohistoria extremeña", que organizó en Mérida y en cuyo catálogo se recogían los últimos hallazgos de la región. En ese momento ya había comenzado a desarrollarse el Programa de Investigaciones Protohistóricas del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, con la necrópolis de Setefilla, dirigida por M<sup>a</sup>. Eugenia Aubet, como el yacimiento más paradigmático del propio Programa. Con estos antecedentes, cuando en 1978 se localizó el yacimiento de Cancho Roano, cuyos primeros materiales fueron ingresados en el Museo Provincial de Badajoz y examinados por Maluquer pocos meses después, parecía lógico que el yacimiento se integrara inmediatamente en el P. I. P., que a la vez elevó sus objetivos

científicos, en primera instancia centrados exclusivamente en el Bajo valle del Ebro y el valle Medio del Guadalquivir. La primera gran visión de Maluquer fue, por lo tanto, ampliar el campo de las investigaciones al valle del Guadiana, en cuyo entorno geográfico se conocían estaciones tan significativas como Aliseda o Medellín, donde comenzaban a producirse hallazgos de gran significación cultural para entender el proceso orientalizante en la periferia tartésica, pero además, se conocían las numerosas inscripciones del Suroeste, las estelas de guerrero o los jarros tartésicos y otros elementos orientalizantes esparcidos por buena parte de Extremadura. Sabedor de toda esta riqueza arqueológica y de la clave histórica que podría aportar a la interpretación, acogió con entusiasmo el proyecto de excavación de Cancho Roano, cuyo comienzo tuvo lugar apenas un mes después de cotejar los materiales hasta ese momento recuperados. En poco tiempo, Cancho Roano no sólo se convirtió en el yacimiento más emblemático del P. I. P., sino que fue capaz de absorber por completo la actividad investigadora de Maluquer, dedicando once años y catorce campañas de excavación al estudio del Santuario.

La primera campaña de excavación la llevó a cabo en el Otoño de 1978, y sabedor de la sensibilidad de los extremeños, supo compaginar su cargo en la Subdirección General de Arqueología, con su cátedra en la Universidad de Barcelona y organizó un equipo compuesto por miembros de estas dos últimas instituciones al que se agregó otro formado por estudiantes extremeños. Desgraciadamente la experiencia no cuajó, y en lo sucesivo los equipos que trabajaron en Cancho Roano provenían exclusivamente de la Universidad de

Barcelona, con la excepción de quien escribe estas líneas, que tuve la oportunidad, de nuevo gracias a Sáez de Buroaga, de participar en la tercera campaña de excavación integrándome en su equipo hasta 1986, año en que me invitó a codirigir los trabajos, lo que supuso un honor y una responsabilidad que aún hoy ejerzo, veinte años después.

Los trabajos de Maluquer en Cancho Roano se podrían calificar como de frenéticos, invirtiendo un entusiasmo realmente contagioso entre los que le rodeábamos. Fue consciente desde el primer momento de la importancia del monumento, y las desagradables circunstancias en que se dio a conocer por parte de Blanco Fregeiro, cuando ya obraban en poder de Maluquer los permisos de excavación, no mermaron su ánimo, aunque sí le hizo recapacitar sobre la importancia de un yacimiento que, desde entonces, no ha dejado de ser codiciado por un gran número de investigadores. Pero no sólo trabajó con ahínco durante todos esos años, sino que además buscó siempre entre sus colegas la opinión y recabó la experiencia de los especialistas en el período histórico en que estaba sumergido para consolidar o variar sus hipótesis sobre tan complejo monumento. Pocos prehistoriadores y arqueólogos dejaron de visitar el yacimiento, a los que Maluquer explicaba siempre con el mismo entusiasmo los pormenores de la excavación y el avance en la investigación, algo que contrastaba con su tajante negativa a recibir a los medios informativos, ya por entonces interesados en los resultados de los trabajos. Por otro lado, el alto interés que Maluquer tenía por Cancho Roano quedó reflejado año tras año al conformar su equipo de campo con los profesores de su departamento universitario, así como los alumnos más destacados de su seminario; de hecho, un simple vistazo a los estudiantes y licenciados que figuran en los listados de participantes que siempre introducía en las memorias de excavación, da una idea de lo acertado de su elección, figurando muchos de los nombres que hoy protagonizan la Arqueología catalana.

## 2. DE LA INTUICIÓN A LA CONFIRMACIÓN ARQUEOLÓGICA

No cabe duda de que una de las cualidades del Profesor Maluquer era su magnífica intuición arqueológica, siempre cimentada, claro está, en su amplio conocimiento de la Antigüedad; a pesar de ello, no deja de ser sorprendente la elaboración de su primera hipótesis sobre Cancho Roano, cuando aún sólo contaba con una escasa superficie excava-

da. Su dominio de la arquitectura mediterránea y oriental le permitieron esbozar una primera planta del monumento que apenas difiere de la definitiva, salvando algunas modificaciones que él desarrolló en función de la probable simetría del edificio.

Las dos primeras campañas de excavación las dedicó a documentar una gran sección de 24 ms. que cruzaba por completo el túmulo y a partir de la cual numeró e individualizó cada uno de los espacios del sector septentrional, numeración que aún hoy sigue siendo válida. Pero aún es más sorprendente su hipótesis sobre la función del yacimiento una vez incendiado y arruinado, pues propone la conversión de todas esas ruinas en un gran *ustrinum* donde se llevarían a cabo cremaciones, aunque admite la inexistencia de huesos que pudieran avalar dicha conclusión. Por lo tanto, y aunque hoy sabemos que no existió ningún ritual de cremación sobre las ruinas del túmulo, sí parece confirmarse la existencia de un altar, posiblemente de sacrificios de animales, sobre el terrado del edificio o, como parece más probable, sobre una segunda planta restringida al espacio central del edificio que coincidiría con la habitación principal, auténtico espacio sacro del monumento. Pero no es esta la única hipótesis sobre el edificio que lanza tras las primeras campañas y que con el avance de los trabajos tuvo que rectificar, algo que por otra parte estaba muy arraigado en su época y entre sus colegas contemporáneos; cualquier circunstancia arqueológica había que justificarla aunque no existieran datos concluyentes, el tiempo se encargaría de apuntalar la hipótesis o por el contrario de variarla, circunstancia ésta a la que nunca temió Maluquer, quien con el tiempo fue madurando y rectificando algunas de las conclusiones lanzadas tras los primeros trabajos. Así, tal vez lo más llamativo sea su rastreo sistemático por todo el Mediterráneo para encontrar los paralelos arquitectónicos más adecuados para entender la presencia del santuario extremeño; si en la primera aproximación a Cancho Roano llama la atención sobre la importancia del comercio rodio y la influencia egea en general, subrayando el interés y las analogías arqueológicas entre yacimientos sicilianos como Motya o Gela; en la primera memoria ya se decanta por las analogías arquitectónicas del área siria, enraizando las técnicas arquitectónicas de Cancho Roano con los *hilanis*; por último, en su segunda memoria se decanta de nuevo por los modelos griegos, en este caso concreto por los almacenes de Al-Mina, más racionales y coetáneos con el santuario de Cancho Roano, aunque sin perder la perspectiva oriental de la construcción.

Dentro de su interpretación general del yacimiento, no descuidó ninguno de los aspectos

culturales que ofrecía –ya he apuntado su interés por la búsqueda de analogías arquitectónicas– pero también se ocupó de justificar el interés económico de la zona para acoger un complejo monumental de las características de Cancho Roano. Así mismo, se adentró en el difícil mundo de la religiosidad, indagando tanto en los textos clásicos como en los vestigios dispersos por la zona extremeña para así considerar una advocación que ciertamente es difícil de demostrar. Todas estas consideraciones las fue esbozando con una gran dificultad añadida: la total ausencia de otros monumentos en los que pudiera apoyarse para entender el monumento. Ante esta soledad arqueológica, ya expuso en la primera publicación su convicción de que Cancho Roano no podía responder a un hecho aislado, vaticinando el hallazgo de otros edificios similares en los próximos años en el entorno geográfico de los valles del Guadalquivir y el Guadiana; esta fue otra de sus intuiciones cumplidas, pues hoy se está excavando un edificio similar en la cercana localidad de Campanario y se conocen otros situados también en la denominada periferia tartésica que ayudarán a entender el fenómeno de Cancho Roano.

No es este el lugar para poner en una balanza los aciertos y equivocaciones que el Prof. Maluquer cosechó en Cancho Roano. Creo que todos somos conscientes de que los métodos en Arqueología han cambiado lo suficiente como para disponer hoy de mucha más información y más fidedigna que en los años en que se desarrollaron los primeros trabajos en Zalamea. Sin embargo, y a pesar de que hoy hemos vuelto a revisar toda la analítica del yacimiento, realizó a través del Instituto de Arqueología y Prehistoria análisis de los bronceos, restauró buena parte de los materiales de importación así como la mayor parte de los metales o envió muestras de carbón para asegurar la datación del yacimiento; evidentemente hoy disponemos de laboratorios especializados para ampliar esos análisis a otros aspectos arqueológicos, pero era significativa su disposición a considerar y aprovechar las nuevas técnicas de análisis que comenzaban a aplicarse, si bien, a decir verdad, era más reacio a admitir las nuevas metodologías de excavación, tal vez por la inversión de tiempo y de dinero que suponían, incompatible con su necesidad de saber en el menor tiempo posible los entresijos de tan complejo yacimiento.

Sin embargo, y a pesar de que era consciente de la existencia de construcciones anteriores, así como de lo que él pensaba era la necrópolis que rodeaba al edificio principal, tuvo siempre la prudencia de no acometer excavación alguna para

verificarlo; tan sólo en la última campaña de excavación, ya enfermo y preocupado por no descifrar los enigmas que aún guardaba el yacimiento, realizamos un pequeño sondeo en el Sector Norte para conocer las pautas de la presunta necrópolis; en la campaña de 1988 que preparamos minuciosamente en Barcelona, íbamos a acometer la excavación de esa zona en extensión, pero sólo un mes antes de comenzar la campaña falleció, por lo que no pudo asistir a uno de los hallazgos más espectaculares del yacimiento, la disposición de las capillas perimetrales, de una riqueza arqueológica similar a la documentada en el interior. Si hubiera asistido a la excavación, hubiera rectificado inmediatamente su primera apreciación, que a la postre le hubiera servido para apuntalar aún más su interpretación del sitio como un lugar de marcado carácter sacro.

Lamentablemente tampoco pudo ver el final de la excavación de la habitación principal del edificio, que el definió como *adyton*, y que no era sino el relleno del santuario anterior. Tampoco podía imaginar que todo el monumento principal estaba rodeado por las estancias perimetrales como ya he dicho, o que la zona oriental, por donde se realizaba el acceso, estaba protegida por una terraza a modo de muralla y que dos torres flanquearan ese acceso. Tampoco llegó a saber que el hundimiento que detectó en el centro del patio oriental se debía a la construcción de un pozo, o que, por último, todo el complejo arquitectónico estaba rodeado por un gran foso con puntos de agua. Aunque ya aventuró en su primera memoria la posibilidad de que existiera algún edificio anterior, hoy se sorprendería al ver que existen tres santuarios bien conservados con sus respectivos altares y, en definitiva, tampoco podía imaginar que el yacimiento en realidad tiene una superficie que casi triplica a la que él conoció. Pero su forma de trabajar dejó poso en nuestro método, que aunque muy distinto al utilizado en esa época, si se basa en una excavación en continua extensión una vez documentado el área elegida, por ello, y muy a pesar de nuestra curiosidad, no sabemos aún cual será la extensión definitiva del complejo monumental.

### **3. LA DIVULGACIÓN Y LA CONSERVACIÓN COMO OBJETIVOS IRRENUNCIABLES**

Pero no todos los esfuerzos de Maluquer se centraron en la excavación y el estudio de los materiales de Cancho Roano, por el contrario,

dedicó grandes esfuerzos a su divulgación científica, prueba de ello son las tres memorias de excavación publicadas, una quincena de artículos de fondo o sobre algunos de los aspectos arqueológicos del sitio y sus constantes alusiones al yacimiento en congresos nacionales e internacionales, amén de seminarios, conferencias o cualquier otra reunión del ámbito prehistórico. La rapidez inusitada con que dio a conocer los avances de sus investigaciones, ciertamente poco habitual entre el resto de colegas, le obligó a ir modificando algunos de los argumentos originales, pero a cambio podía ir contrastando sus hipótesis con otros investigadores que se enfrentaban a yacimientos de la misma época, ya sea en nuestro país o en el entorno mediterráneo.

Es cierto que su intensa dedicación a Cancho Roano la realizó en detrimento de otros proyectos, pero también es verdad que éstos estaban muy avanzados y consolidados y no presentaban una problemática tan compleja como el santuario extremeño.

Tampoco descuidó un aspecto tan importante como la conservación del monumento; en este sentido sus continuos desplazamientos a Badajoz y Mérida dieron como fruto la pronta calificación de Monumento Nacional, hoy Bien de

Interés Nacional, la expropiación de los terrenos que lo circundaban y la construcción de la cubierta ha permitido que sus estructuras arquitectónicas hayan llegado hasta nosotros en inmejorables condiciones de conservación. Por último, y una vez que la mayor parte del edificio principal estaba excavado, no quiso descuidar un aspecto tan importante como su divulgación o puesta en valor, como hoy se prefiere definir; prueba de ello son las diferentes conferencias que impartió tanto en la villa de Zalamea como en algunos pueblos de la comarca o la elaboración de una guía de bolsillo que desgraciadamente no llegó a ser editada.

Siempre comentamos entre quienes lo conocimos que se sorprendería gratamente si pudiera ver el aspecto que ha tomado el yacimiento en los últimos años, por la superficie excavada, los nuevos materiales aparecidos, la planta de los edificios más antiguos, la nueva demarcación de la propiedad pública, la flamante cubierta o el centro de interpretación que se está construyendo; incluso disfrutaría de la polémica abierta hoy en torno a su interpretación, pues le daría pie a ejercitar una de sus mayores pasiones, la tertulia, lugar en el que los que pudimos disfrutar de su compañía aprendimos a conocer mejor la Prehistoria y su otra pasión, la Naturaleza.

*Madrid, 30 de noviembre de 1999*